

PREGÓN DEL ARCÁNGEL SAN RAFAEL

FEDERACIÓN DE PEÑAS CORDOBESAS

Octubre de 2025

Querido presidente, vicepresidente y junta directiva de la Federación de Peñas Cordobesas, una institución con más de sesenta años de historia y eje cardinal de la cultura de Córdoba.

Gracias por el honor que me habéis conferido de pregonar al Santo Arcángel Rafael, celebración capital de vuestras fiestas patronales. Aprecio en lo que vale vuestra confianza y, sobre todo, vuestra amistad, porque la amistad es un don que, según nuestro incombustible Séneca, concierne a los hombres y mujeres más virtuosos y sabios, ya que solo la verdadera amistad permite franquear las distancias, traspasar los horizontes, derruir las fronteras, empapar de humedades los lugares desérticos, crecer entre las zarzas más inhóspitas y revelarse siempre con un fulgor esperanzador y nítido.

Y, en este orden graciable, gracias también, mi querido amigo Julián, por tus emotivas palabras, más debidas a la amistad que nos une que a mi propio mérito. Sin duda respondes a esa categoría senequista del hombre virtuoso al que solo la verdad, la bondad y la belleza doblegan y subliman.

Como la palabra es una fuerza que no conoce límites por muy cercada que se halle frente a la simplificación y la indolencia, también el arte aspira a ese misterio de lo innombrado, de lo que habrá de pronunciarse como un nacimiento, un ser que respira por vez primera avivado por la savia germinante, por la raíz profunda de las tradiciones. Me ilusiona saber que un manantial proteico y vigoroso arrecia con su juventud sobre las aguas más o menos serenas de nuestras vidas, ríos que se avecinan irremisiblemente al mar. Y me fortalece comprender que, en este nuevo aire, alienta un corazón desbordado de futuro, un alma encendida por la certeza de que no todo está perdido y es posible soñar con un futuro más habitable y más hospitalario. Enhorabuena, Alejandro, joven embajador de nuestro Arcángel, forja tu imperio sobre el talento que te nombra y no desfallezcas por más que este mundo te fuerce a desmayarte.

Distinguidas autoridades, amigas y amigos, señoras y señoras, en acuerdo con el filósofo cordobés, me allego a ustedes esta noche con el solo propósito de mostrarles la fascinación que siempre me ha suscitado la imagen simbólica de San Rafael, el Arcángel que fulge en todos los crepúsculos vertiendo sobre Córdoba los carismas más fértiles, el abrigo más cálido, el más dulce sosiego del dolor, agua para la sed, alivio del alma. No es tarea fácil elaborar una alabanza a la figura de nuestro mediador arcángel después de haber escuchado la belleza lírica de la palabra de Pilar Sanabria, mi antecesora en tan

emocionante cometido, ella que siempre ha sido voz entre voces de la poesía cordobesa.

San Rafael es presencia visible en las calles y plazas de Córdoba; y quizás sea esta poderosa razón la que me impida cómo invocarlo sin temer que las palabras no alcancen a interpretar en su integral sentido la verdad de lo que siento; que la más ardiente mirada no acierte a avivar el esplendor en la retina, deslumbrada por la intensidad de su claror; que no sirva el arresto de mis manos para advertir el tacto enardecido sobre la piel de piedra de sus manos; que mi voluntad no sepa cómo cerrar los desgarrones que avivamos en la extensión abierta de su herida.

Ángel caudal de Córdoba, condúcenos perdidos en el vértigo, en el afán ansiado de ser tuyos. Tú tienes el poder de desleírnos en cálices fraternos, enjugar nuestras lágrimas vertidas por la amargura ígnea del olvido. Tú dominas los fueros, eres como los héroes que no entienden el miedo a dar la vida. Invístenos ahora, eterno y vigoroso creador de la materia, con la fértil clemencia de tus dones. Apacigua el clamor donde se erizan las lenguas y sus voces, porque así serán leves los dolores del cuerpo y su légamo íntimo, fiera mística llaga. Tú eres bálsamo afable, eres música grave que por dentro se amansa, sereno en el naufragio, timonel del bajel a la deriva.

Nuestro arcángel solar calma su paso para infiltrarse, como un río profundo, por los lugares más incognoscibles, recalando su brío en cada esquina, cada intersticio, recoveco y ángulo de esta ciudad dormida que, como ave fénix se restaura, dejando que su voz se expanda húmeda por las piedras cariadas de la sombra cuando la lluvia adensa entre las hojas un sonoro rumor, un eco arcaico. Rafael estelar huella las plazas, alfa su diamantino arrojo en los triunfos, radia en el tintineo de las fuentes sus centelleos lunares. Hasta el lugar del aire donde aviva la tierra su vergel de naranjas y las aguas del río su coraje, nuestro arcángel deslía un rezo álgido que entre las buganvillas se sosiega. San Rafael auxilia nuestras debilidades, nos ayuda a tolerar el desencanto, siendo por ley el *primus inter pares*, el más amable y ferviente consejero. Él limpia nuestras manos y enjuaga nuestros ojos: las manos encalladas en el arduo trasiego del camino, los ojos aheleados por la aridez del viento.

Rafael Arcángel sigue engalanando su vuelo sobre los arcos y los capiteles, se trasfunde en las murallas derruidas, en las avenidas silenciosas, en las calles empedradas, en los patios rozagantes, en los floridos alféizares de Córdoba. Surge, apuesto y bizarro, entre los geranios de flores candorosas, en el regazo trémulo del azahar níveo.

Y se remansa en las aguas nobles, ya que no doradas, del Guadalquivir sinuoso irguiéndose, como flameante atalaya, sobre el solar drapeado de oro del Puente Romano (1651), midiendo su

apostura con las brunas golondrinas del alba, entre las garzas albas de la tarde.

Clava un rejón de viento en el alminar de la Mezquita (1664), dejando que su irradiaciónalumbreon radiantes resplandores el rojo cáustico de los leves cimacios, la hiedra ambarina de los muros.

Sus alígeras alas sobrevuelan el mármol azabache hasta alcanzar la nube vaporosa sobre la que se alza en la Plaza de la Compañía(1736).

Desde su altura en la Glorieta del Conde de Guadalhorce, observa el trasiego de viandantes y coches que recorren urgidos la Avenida de América, rememorando el tiempo en que recibía galante a los viajeros de otras procedencias, franqueado de rosas purpúreas y glaucos parterres (1743).

Se refleja sobre el espejo turquesadel cielo dejando que la claridad se añuble levemente entre los árboles aledaños que lo circundan en el triunfo de Puerta Nueva(1747).

Sobre un capitel pétreo campea airoso Azarías, el sanador arcángel, en la conocida como iglesia de San Basilio, advocación de Nuestra Señora de la Paz, antigua casa conventual de los monjes basilianos (1753), transfundiendo el reflejo del sol cual si la gracia.

En el centro del jardín del Santo Cristo de la Misericordia, se levanta el triunfo de San Rafael Arcángel, amparado por un abrigo vegetal que no lo libera de su oneroso exilio (mediados del siglo XVIII).

En el centro de la empedrada Plaza de los Aguayos (1763), San Rafael enlaza los azules del jaspe y la transparencia de lo etéreo, patinados de nobles plegarias sobre el glauco silencio de la yedra.

En la Plaza del Triunfo, se levanta, exuberante y majestuosa, la imponente arquitectura de roquedas y símbolos marmóreos que eleva al Arcángel de la Puerta del Puente (1765-1781), mientras avizora inmarcesible la estela verdeante del Guadalquivir atarantado.

Desde la mansedumbre de una leve ladera asciende su ardor volcánico hasta el cenit del cielo, luciendo alas de oro sobre el silente mar de los naranjos, en el lugar ameno de la Plaza del Potro (1768).

Reflectando la luz que nos deslumbra, enjuagando las lágrimas, pregonando humilde el poder de su grandeza, nos mira desde la Fuente de la Fuenseca, (1808) sin interrogarnos, conociendo las claves de nuestra desoladora adversidad.

Y se eleva vidriado por estrellas hialinas en el Puente de su claro nombre, broquel inexpugnable de esta ciudad eterna contra los oscuros nombres del dolor, la enfermedad, el desafuero y el ostracismo (1953).

Cuando la tarde prende como un fuego fatuo, Rafael se ilumina investido de metálica materia en la calle Escritor Sebastián Cuevas (2014), forjado por jóvenes artífices, ofreciendo para nuestro auxilio un pez lustral amanecido en la leve ternura de su mano.

Y espera silencioso que su imagen tronzada por la fuerza de un rayo venga a erguirse de nuevo sobre su base pétrea en la plaza

de los Padres de Gracia, afable compañero de Cristo Rescatado, bajo el domo dorado del crepúsculo.

Y así su planto elegíaco sigue creciendo como una letanía cósmica sobre la fachada neoclásica de la Iglesia del Juramento, donde la fe del padre Roelas sigue inflamando la devoción sobre el mar de la noche, alumbrando las horas nefastas y el desastre, empapando de albricias y esperanza nuestra ciudad de Córdoba.

Nuestro Arcángel marca el sendero preciso que no hemos de dejar, aunque nos turben otras presencias, otras tentaciones, otras maneras de entender la historia: leyes venales que, a veces, nos apremian; razones que confieren sesgos inconfesables; ceremoniales de la confusión que tienden a conculcar los ideales heredados. Él nunca abandonó a quien lo necesitaba. Atendió la voz de Tobit en Nínive, preocupado paternalmente por el arduo sendero que habría de recorrer su hijo único. Acompañó al joven Tobías por los caminos inseguros de Media para liberar del maligno a quien habría de ser su esposa y, por su consejo, sanó al padre enfermo de la oscura ceguera.

Medicina de Dios, Patrón Custodio, remediador de aflicciones, guadamecí de vida, guía de caminantes, ubérrimo pez de plata, maná de argénteo trigo, vaso de cobre añil y mar de espejo, grato

mensajero que acude solícito a la oración benéfica, símbolo de la fidelidad, insobornable amigo, nombrado Rafael, aquel que cura, el que sugiere apenas a dónde urgir los pasos sin llagarse de heridas y acierta a revelar los secretos del mentor divino que sin tregua protege.

En todos los oídos insufla un dulce canto, limpia todos los ojos de la oscura ceguera, se ilumina en los labios de todos los poetas que han cantado su nombre. Es mentor y faro, cobijo y esperanza, misterio y música, espuma, azogue, zéjel, pedrería, sueño de niño, ascua en los hogares, voz común, triunfo fiel de mármoles atávicos, tibia dulzura, horno de pan candeal, corona a pie de vía, centinela en los hombros del viajero, garzón del alba, astro de la noche, fuente incesante, capitán del río, padre del hombre, muro cotidiano, lebel de dunas, flor hebrea, toronjas de suave aroma y agridulce pulpa, cimbrel de palomas, niño de estrellas, puente de piedra, pájaro de oro, piel del perdón divino sobre Córdoba, el ángel valedor de nuestras vidas que se yergue en imperecedera memoria desde la cúspide que frisa la cúpula del cielo hasta las orillas esponjadas de cobriza tristura. Ungidas por el oro, descienden desde el fulvo arrebol de la mezquita catedral de Córdoba, bermejas llamas que avivan, con sus luces, el silencio nocturno de la puerta del puente, y nielan de bermejas luminarias el ara noble del ancestral y fabuloso Arcángel.

Él junto a Gabriel, topacio de sal, ágamo varón anunciador de nacimientos, de amaneceres áureos, de fértil agua eterna. Junto a Miguel, vigíallameante, hermosísimo Hermes, rosa del desierto sobre los cálices del crepúsculo, armado caballero en un nártex de sol. Y junto a Uriel, luminaria de Dios, llama dorada de la sabiduría divina, arcángel de salvación, joven dios del trueno y la palabra, querubín del temblor y la poesía.

Lo cantaba Saavedra, Ángel y Duque, impostando su huella en la memoria, rechazando el amargo escollo del olvido, alfando su renombre sobre todo dominio, sobre toda acción benefactora. Los fúlgidos destellos que lanza reflejando al sol naciente el Arcángel dorado -que corona, de Córdoba, la torre- no tienen parangón ni contendiente. El Arcángel Dorado, que preserva como un lucerofulgurante, como un claror ardiente, como un manantial de inagotable bálsamo, esta ciudad munífica y gloriosa, se eleva poderoso sobre cualquier amago de tiniebla, que Rafael confiere de hermosura.

En un momento histórico en que todo transcurre de manera desatinada y frenética, cualquier forma de catarsis nos parece una descorazonadora aporía. Pararse a reflexionar, a sentir la vida como una pasión fértil, ese instante eterno que puede quebrarse en otro instante, se acerca más a la irrealidad que al deseo. Nos advertían los clásicos acerca de la condición humana como una vía acuciada por el infortunio y la incertidumbre, un sendero tachonado de

trances y frustraciones, la eterna lid del ser humano contra su visceral egoísmo. La visión del viajero, que busca asubio en Rafael Arcángel, refleja ese anhelo irreducible de encontrar respuesta a nuestros interrogantes y mudar nuestras limitaciones en promesas de fecundidad. Pero tal vez no seamos suficientemente valerosos para enfrentarnos a las adversidades y necesitemos del auxilio de todos nuestros semejantes, su comprensión y su palabra alentadora, ese aliento más espiritual que matérico, más lustral que telúrico, más íntimo que gregario, al que solo accedemos cuando aspiramos a la trascendencia, cuando somos capaces de traspasar la transparencia para reconocernos luminosos en la densa penumbra.

Salve a Ti, Rafael, seguro conductor de nuestro tránsito en esta extraña senda de la vida, Azarías inmortal que alivias la desazón de nuestra angustia, la sinrazón de nuestra ceguera, Arcángel vívido, tus hijos te veneramos y aclamamos tu nombre. Seguimos creyendo en Ti, reconociéndonos en Ti, poniendo en Ti nuestra fe y la confianza de que alumbres con tu luz las carencias de nuestra oscuridad.

Porque nos tutelas sin medida, fortaleciendo la flaqueza de nuestros corazones, tenemos el deber, como cordobeses bien nacidos, de exaltar las primicias de tu amor, los dones de tu santidad, el consuelo intemporal de tu salvífico patronazgo. Y porque te amamos, alabamos y bendecimos Arcángel nuestro, seguimos aspirando, quizás sin merecerlo, a hacernos dignos de tu benéfica

bendición, de tu infinita providencia. Así sea, Rafael, milagroso y balsámico, ahora y para siempre eternoprotector de nuestras almas, baluarte por antonomasia de la ciudad de Córdoba.

Gracias. Muchísimas gracias y que San Rafael os guarde ahora y durante toda vuestra vida. **Manuel Gahete Jurado.**